

# ADOLFO SUÁREZ Y EL SUARISMO: LA PERSONIFICACIÓN DE UNA ALTERNATIVA DE CENTRO

*Adrián Magaldi Fernández*

Universidad Complutense de Madrid

adrian@magaldi.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>



## Introducción

Las históricas dificultades de un espacio de centro en la política española encuentran una peculiar excepción en los años de la Transición y los primeros tiempos de la nueva democracia. Esa singularidad aparece intrínsecamente vinculada a la figura de Adolfo Suárez, percibido desde entonces por amplios sectores de la opinión pública como la perfecta encarnación

de los ideales de un proyecto centrista. Todo intento posterior por vertebrar una fuerza política ubicada en dicho espectro ideológico ha intentado identificarse con el legado dejado en la memoria colectiva por el liderazgo suarista.<sup>1</sup> Sin embargo, poco parecía indicar en la trayectoria inicial de Suárez que este acabaría siendo identificado como el máximo representante del centrismo.

Los primeros pasos de Adolfo Suárez en la vida pública se recorrieron desde el seno de la dictadura franquista y la propia estructura del Movimiento Nacional. Se trataba así de una carrera construida desde las filas falangistas, aunque algunos compañeros de la época le identificaban más como un servidor burocrático que como una figura ideologizada en los principios joseantonianos.<sup>2</sup> Pese a ello, su actuación se mantuvo estrechamente ligada a las estructuras del franquismo hasta sus momentos finales. Cuando en los estertores del régimen comenzaron a surgir voces reformistas entre otros jóvenes de camisa azul, Suárez se mantuvo al margen y prefirió situarse en la presidencia de Unión del Pueblo Español (UDPE), asociación de carácter oficialista que decía defender una «continuidad en el sentido exacto de la palabra».<sup>3</sup> Todo comenzó a cambiar cuando, iniciado el cambio político tras la muerte del dictador, evidenció unos planteamientos reformistas que materializó tras llegar a la Presidencia del Gobierno en 1976, dirigiendo el proceso democratizador que permitió convocar las primeras elecciones libres. En estos comicios, Suárez consiguió la victoria encabezando la candidatura de Unión de Centro Democrático (UCD), formación que lideró hasta su dimisión en 1981. Poco después, abandonó dicho partido para fundar una nueva alternativa centrista, el Centro Democrático y Social (CDS), con el que trató de preservar un proyecto de centro hasta su abandono definitivo de la política en 1991. Fueron aquellos años de liderazgo suarista sobre el centro cuando este consiguió un mayor impacto, al hacerse con la presidencia del gobierno durante el proceso democratizador y mantenerse como una relevante fuerza nacional durante la década de 1980. Se comprende así que la imagen del centro quedara intrínsecamente vinculada a Adolfo Suárez. Sin

embargo, pese a esa personificación del centrismo, resulta complejo trazar los márgenes teóricos y sociológicos de ese proyecto de centro que vino a representar el suarismo.

El propósito de este artículo es trazar un breve recorrido por la naturaleza y concepción del proyecto centrista representado por Suárez en sus evoluciones, continuidades, adaptaciones y *cul-de-sac* desde el origen de UCD hasta el fin del CDS, tratando de responder a una serie de interrogantes dirigidos a comprender qué idea de centro tuvo Suárez, qué proyecto de centro apoyaron sus votantes y qué modelo de centro supuso, en términos históricos, el suarismo. Dicha cuestión, pese a que la idea de un centro suarista fue habitual durante la Transición y la década de los 80, ha recibido escasa atención por parte de una historiografía que, sobredimensionando los años de Suárez en el conflictivo compendio ideológico que fue UCD, pareció asentar la percepción de este como un dirigente audaz y pragmático de escaso bagaje doctrinal. Sin negar estos rasgos clave de su figura, al mismo tiempo fue el político que mayores esfuerzos dedicó a dotar de significado y coherencia al siempre complejo espacio del centro político, buscando su transición desde un mero espacio electoral hacia un espacio ideológico.<sup>4</sup> Esta visión es algo que en los últimos tiempos ha comenzado a reflejarse en trabajos como la biografía de Suárez escrita por Juan Francisco Fuentes —que ha venido a superar las tradicionales aproximaciones hagiográficas o deslegitimadoras— y, muy especialmente, la tesis inédita de Darío Díez —probablemente el mayor estudio interesado por descifrar la idea de centro promovida por el suarismo, aunque enfocada a su etapa final del CDS—.<sup>5</sup> Prosiguiendo con dichas aproximaciones, este artículo abordará la singular historia del suarismo a partir del material bibliográfico existente,

los artículos y editoriales rescatados en la prensa de la época o el testimonio dejado por el propio Suárez y otras figuras de su entorno, en especial las entrevistas disponibles en el Archivo Gunther. Tratarán así de conocerse las bases de ese modelo de centro encarnado por Adolfo Suárez que fue el suarismo.

### Un fruto de las circunstancias: el centro suarista como espacio para la reforma

La definición del centrismo siempre ha sido compleja al encontrarse inevitablemente condicionada por la forma en que se autoperci-ben las derechas y las izquierdas situadas a sus márgenes. En la España de la época, con una cosmovisión dicotómica asentada durante décadas por el franquismo, fue en los últimos años de la dictadura cuando comenzó a tomarse conciencia sobre el valor de un espacio de centro.<sup>6</sup> Este fue por entonces identificado como una alternativa de cambio reformista ante la realidad que surgiera tras la muerte del dictador.<sup>7</sup> Del mismo modo «que el centro pretende situarse a igual distancia de la derecha y de la izquierda, la reforma se percibe como la tercera vía, a mitad de camino entre el inmovilismo y la ruptura».<sup>8</sup>

Comenzaba así a concebirse el centrismo como sinónimo de un reformismo democratizador que, en aquellos primeros tiempos, era identificado con Manuel Fraga. Sin embargo, tras el turbulento primer gobierno de la monarquía —en el que la estrella política de Fraga se apagó— la personificación del centro comenzó a desplazarse a otra figura que, desde ese momento, pareció convertirse en la personificación de dicho espectro político. Adolfo Suárez fue nombrado presidente del Gobierno en julio de 1976, constituyendo un gobierno de signo netamente reformista con el que emprendió la democratización del país.

Situado frente al inmovilismo del búnker franquista y el rupturismo de la oposición al régimen, las progresivas medidas adoptadas por Suárez favorecieron su identificación como representante de la reforma e, indirectamente, del centro. Según recordaría tiempo después el propio Suárez, en aquellos momentos

el centro político representaba la moderación, impedía el enfrentamiento y la preponderancia de los extremismos y era la tendencia política que mejor traducía la nueva conciencia política y social del país. El centrismo se entendía entonces como la realización de la reforma política desde la moderación.<sup>9</sup>

Desde esta percepción, cuando Suárez materializó el cambio con la tramitación de la Ley para la Reforma Política, quedó consolidada su imagen como encarnación de ese centro reformista que conduciría al país hacia la democracia mediante la moderación. Se trataba este de un difuso pero amplio espacio que despertaba importantes simpatías en las encuestas de la época, al atraer a un franquismo sociológico compuesto por esas clases medias surgidas durante la dictadura que deseaban la democratización, pero en paz y orden.<sup>10</sup>

A finales de diciembre de 1976, Suárez estudió ya la posibilidad de convertir ese espacio político capitalizado por el ejecutivo en un espacio electoral. Si la reforma había cubierto el amplio espectro entre inmovilismo y ruptura, en términos electorales se percibía igualmente amplia la distancia existente entre la derecha representada por Alianza Popular (AP) y la izquierda liderada por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Esa realidad dejaba libre el espacio para una candidatura de centro que Suárez pudiera capitalizar como herencia de la reforma y así culminar las medidas que, desde la moderación, permitieran adaptar el

país a la realidad de su entorno. Por entonces, el espectro centrista apenas era apelado por una serie de pequeñas formaciones de signo democristiano, liberal y socialdemócrata, todas ellas con escasa implantación más allá de la capital.<sup>11</sup> Muy pronto, Suárez pareció interesarse por atraer esos grupúsculos hacia su proyecto de centro gubernamental para dotarlo de una renovada identidad. Según diría, se hacía evidente

la necesidad de contar con personas que tuvieran cierta conexión con partidos políticos existentes en Europa [...]. Aquellos grupos eran muy pequeños [...], pero admito que tenían como bagaje importante, que algunos conectaban con la democracia-cristiana europea, o conectaban con los partidos liberales europeos, otros tenían conexión con la socialdemocracia portuguesa, etc.; y en aquel momento me interesaba mucho, digamos, contar con ciertos apoyos internacionales, por cuestiones de imagen. [...] Podían aportar un cierto eco internacional y una cierta credibilidad también en los resultados electorales.<sup>12</sup>

Fue así como nació la coalición conocida como Unión de Centro Democrático (UCD), con un centro liderado por Suárez en el que convergían sectores reformistas procedentes del régimen con esos partidos de la oposición moderada que otorgaban credibilidad y eco internacional a su alternativa de centro. Suárez había vertebrado lo que el periodista José Ramón Saiz definió como una «tercera vía» que representaba el «espacio de moderación» necesario en una política española caracterizada por las confrontaciones.<sup>13</sup> De forma similar, Ricardo de la Cierva identificó el centro liderado por Suárez con un proyecto que suponía la antítesis de la Guerra Civil y las dos Españas enfrentadas en la misma.<sup>14</sup> Un hombre de la

órbita centrista como Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona aseguró que, frente a las divisiones del pasado, «podría crearse esa tercera España a través de un gran partido de centro».<sup>15</sup> En definitiva, ante la proximidad de las primeras elecciones democráticas, el centro representado por Suárez parecía percibirse como símbolo de la moderación con la que superar el cainismo histórico español y adecuar el país a la realidad europea.

Si aquel naciente centrismo podía resultar atractivo para esas amplias capas electorales interesadas por un cambio sin riesgos, también empezó a debatirse si este representaba un mero «centro electoral» o suponía un «centro real» con recorrido más allá de los inmediatos comicios.<sup>16</sup> Las referencias al centrismo que en la Segunda República representó Manuel Portela Valladares pronto estuvieron presentes y, desde las páginas del *Ya*, Augusto Assía no dudó en advertir sobre las debilidades de un centro que surgiera como vía de escape a la polarización sin contar con un proyecto de país que trascendiera las circunstancias coyunturales.<sup>17</sup> Este era un problema del que pronto parecieron ser conscientes miembros de la propia coalición centrista, ante una campaña en la que UCD no se había dotado de auténtico programa. El mensaje centrista se limitó a identificar sus candidaturas con la figura de Suárez y definirse como oposición al marxismo y al autoritarismo.<sup>18</sup> Lo cierto era que cualquier intento por alcanzar una mayor definición resultaba complejo dada la pluralidad de grupos ideológicos reunidos bajo el paraguas protector del legado suarista, con unas candidaturas en cuyo seno coexistía todo el Bundestag alemán, paralelismo que pronto alcanzó fama como símbolo del eclecticismo suarista.<sup>19</sup> Según aseguraba la propia UCD en su Manual para 22 millones de electores, su proyecto de centro representa-

ba «una coalición heterogénea pero complementaria. Unión de Centro Democrático es la coincidencia de tres grandes ideologías: la liberal, la socialdemócrata y la demócrata-cristiana».<sup>20</sup> El principal elemento unificador del centro parecía reducirse a completar la estrategia reformista, con un mensaje de escaso recorrido más allá del contexto transicional y la necesidad de avanzar hacia la democracia desde la moderación. Como admitiría un hombre entonces situado en la órbita suarista como Leopoldo Calvo-Sotelo, «en 1977 Suárez acertó al abrir un espacio político de centro con unos rasgos tan imprecisos como atrayentes: la moderación, la tolerancia, la reforma, el arranque sin ruptura; y también, la libertad, la modernidad, el cambio social hacia el progreso».<sup>21</sup>

El difuso mensaje de UCD recibió, en cambio, el amplio apoyo de un electorado que otorgó la victoria a la coalición centrista en las elecciones de junio de 1977 con 165 escaños. Pero, tras el triunfo electoral, era necesario un esclarecimiento de las líneas de actuación del centrismo. Una cierta imagen del modelo político y social del centro suarista llegó con la composición del gobierno, donde Suárez siguió una estrategia de reparto de cargos entre las diferentes familias ideológicas que, de algún modo, traslucía su propia idea del centro, pues fue habitual que cada familia mantuviera cierta continuidad en las esferas otorgadas.<sup>22</sup> La política económica fue un área típica del sector socialdemócrata, promoviendo un modelo de economía mixta y una reforma fiscal. Las políticas de educación —y frecuentemente de justicia— se concedieron al sector democristiano, trasluciendo una visión sociocultural asentada en los valores del humanismo cristiano. Las políticas de orden público y bienestar fueron otorgadas a los reformistas azules como reconocimiento a la

experiencia en la gestión y a las viejas políticas sociales del falangismo. La familia liberal, por su parte, se mantuvo en una posición más relegada sin claras áreas de influencia. Pese a ese intento de reparto «proporcional», Suárez trató de conceder a su imagen un signo más progresista a través de los cargos directivos del partido, observándose una inicial preeminencia socialdemócrata, con Rafael Arias-Salgado como secretario general.<sup>23</sup> Esta realidad despertó el malestar y abandono de personas próximas como su antiguo vicepresidente Alfonso Osorio, quien consideraba que las ideas del votante centrista no encajaban con el modelo que empezaba a promover Suárez, lo que pronto se convertiría en un constante debate en el seno del centrismo sobre las coincidencias entre el perfil político de la formación y el de su electorado.<sup>24</sup> Era evidente que UCD requería de un esclarecimiento doctrinal sobre lo que el centro deseaba representar, por lo que se configuró un comité ideológico pronto ridiculizado en los medios pues, una vez ganadas las elecciones, los centristas «han caído en la cuenta de que están desnudos y tienen un comité para que les busque la hoja de parra ideológica».<sup>25</sup>

Ante un centrismo que trataba de esclarecer su identidad, durante los siguientes meses la prensa recogió numerosos editoriales interesados por comprender lo que en realidad representaba el proyecto de Suárez. Desde una visión optimista, Javier Tusell advertía que «para construir un partido lo primero y principal es disponer de una concepción del mundo», considerando que el centrismo podía encontrar con facilidad su identidad si se convertía en la fuerza mediadora «capaz de estabilizar y enraizar en España la democracia».<sup>26</sup> Con un enfoque más pesimista, Jaime Campmany consideraba que el centrismo representaba una «posición de moderación a la

hora del tránsito y la confianza del electorado en una figura», creyendo que su identidad se reducía a una «moderación fulanista» que no tardaría en diluirse cuando ese espacio —o su líder— perdiera el valor coyuntural que le había otorgado la victoria.<sup>27</sup> Mayor atención le dedicó José María Alfaro, quien publicó una serie de artículos en los que reflexionó sobre la idea del centro y el espacio político de UCD. En esos editoriales, Alfaro valoraba a Suárez como un «hombre de las circunstancias» que había logrado dar forma al «artilugio del centro» hasta convertirlo en «un gigantesco receptáculo de votos».<sup>28</sup> En su opinión, ese «pragmático cajón de sastre» que era el centro había surgido «con oportunismo de urgencia, para ocupar un vacío —o vaciado— campo, que la sensibilidad colectiva de un momento crítico y pendular demanda como organización almohadilla, embotadora de los extremismos».<sup>29</sup> De este modo, el centro había logrado capitalizar un amplio espacio electoral a través del mensaje de moderación desplegado por Suárez durante su presidencia, lo que había favorecido una identificación del centrismo con su persona en una campaña donde UCD «había solicitado el voto para Suárez y en nombre de Suárez».<sup>30</sup> Pero, alcanzada la victoria, alentaba al centrismo a iniciar los «despliegues programáticos atractivos y proselitistas» para demostrar si su éxito respondía a meras eventualidades o a verdaderos convencimientos que le garantizaran un lugar en la realidad futura.<sup>31</sup>

Un paso necesario para el esclarecimiento centrista llegó en diciembre de 1977, cuando UCD promovió una unificación por la que abandonaba su condición de coalición para convertirse en un único partido. Era una vía a través de la cual trataba de diluirse la pluralidad ideológica interna con un modelo presidencialista bajo la dirección clara de Suárez.

Fue entonces cuando Pilar Urbano advirtió desde *ABC* que «Adolfo Suárez ya tiene suarismo».<sup>32</sup> A partir de ese momento, fue habitual el uso del concepto «suarismo», un término difuso utilizado indistintamente como sinónimo del espacio centrista, la formación política y la gestión gubernamental. Se trataba de un concepto no esclarecido que simbolizaba al centro como espacio de poder que, ante las dificultades de su esclarecimiento ideológico, no tardó en tener una connotación peyorativa. Según José Luis López Aranguren, el suarismo era un proyecto político cuya «esencia consiste pura y exclusivamente en su existencia», puesto que como «fiel heredero del franquismo tardío [...] no tiene otro programa de Estado que el de durar», por lo que reducía el centro liderado por Suárez a «un sistema de estrategias de pasillos, conversaciones, arreglos y pactos».<sup>33</sup> Como recordaría tiempo después Landelino Lavilla, los dirigentes de UCD hubieron de luchar por desprenderse de la idea de que el proyecto centrista representaba «un artificio construido desde el poder al servicio del poder».<sup>34</sup> Ciertamente, el esclarecimiento organizativo en torno a un modelo presidencialista no había diluido el debate público sobre el corpus teórico-dogmático que representaba el centro suarista, pues, además, la conciencia de la pluralidad interna seguía viva a través de una búsqueda de la primacía por parte de las principales familias de UCD. Por un lado, los socialdemócratas controlaban el aparato del partido intentado consolidar sus posiciones y planteamientos, apoyados por un Suárez consciente del valor nacional de proyectar una imagen progresista del centro. Por otro lado, los democristianos controlaban las relaciones exteriores buscando una homologación que esclareciese los perfiles del partido, apoyados igualmente por Suárez —con la promesa nunca cumplida de in-

tegrar a UCD en la Unión Europea Demócrata Cristiana— consciente del valor internacional de contar con una familia ideológica que aportara respaldo y financiación, siendo los democristianos la única posibilidad ante una socialdemocracia inclinada al socialismo y un liberalismo débil dado su carácter bisagrita en la mayoría de países.<sup>35</sup> Pese a los alambicados repartos de influencia por parte del presidente, al final Suárez encargó a Luis Gamir —diputado del ala socialdemócrata que ostentaba la secretaría de formación— la elaboración de una ponencia ideológica de cara al congreso constituyente que UCD celebraría en 1978.<sup>36</sup>

Luis Gamir se convirtió en el primer ideólogo del centrismo suarista. En su análisis, Gamir señalaba que, inicialmente, había sido lógico presentar al centro como un compendio de tres ideologías, pero pasado el tiempo era necesario vertebrar un proyecto «coherente y único, obtenido por vía deductiva desde unos principios básicos, de los que el liberalismo, la democracia cristiana y la socialdemocracia se conviertan en fuentes, pero no en continuos protagonistas».<sup>37</sup> Según apuntaba, se trataba de que el centro se definiera «por su ser único y no como pura yuxtaposición de seres».<sup>38</sup> Desde estas premisas, Gamir elaboró el borrador de una ponencia ideológica en la que definió a UCD como un partido democrático, reformista, progresista, interclasista, integrador, europeísta y solidario.<sup>39</sup> El concepto de solidaridad se convirtió en una seña de identidad clave para el centrismo, desde un discurso que partía de una tesis: las fuerzas de la derecha defendían el principio de libertad, mientras los grupos de izquierda asumían el principio de igualdad, por lo que «una ideología de centro debe ser una síntesis entre ambas», aspiración alcanzable a través del principio de solidaridad. Este era entendido como un ideal clave para una transición que, no sólo

debiera de ser política, sino también social, económica y cultural.<sup>40</sup> Gamir concluyó así un documento que pretendía inclinar UCD hacia el centroizquierda, pero otros compañeros sumaron sus propias concepciones, principalmente el democristiano Óscar Alzaga y el liberal Antonio Fontán. De este modo, cuando en octubre de 1978 se celebró el I Congreso de UCD, el documento dirigido a alcanzar un esclarecimiento ideológico del centro a través de una síntesis de sus diferentes familias se había transformado hasta quedar limitado a una mera mezcla de las mismas. Según se concluía, el proyecto de centro que representaban Suárez y UCD se apoyaría en las siguientes bases:

1. El personalismo: mediante la consideración de la persona, en el ejercicio de su libertad, como objetivo primario de toda la acción política;
2. La democracia: mediante el establecimiento y la consolidación del sistema democrático y del Estado de Derecho;
3. La libertad: mediante una concepción liberal y pluralista de la vida y de la cultura;
4. El humanismo: mediante la proclamación y la asunción de los valores humanistas y los de la ética de la tradición cristiana;
5. La igualdad: mediante la adopción de un sistema de economía de mercado corregido y socialmente avanzado, entendiendo que es obligación de los poderes públicos asegurar el predominio del interés general sobre los intereses particulares, así como los servicios fundamentales propios de una sociedad moderna, y garantizar la justicia y la igualdad social.<sup>41</sup>

El centro suarista mantenía su eclecticismo con un ideario que incidía en el «reconocimiento de la tradición cristiana, enfatizada por los democristianos; la libertad y los valores

del individuo por los liberales; y una economía mixta auspiciada por los socialdemócratas». <sup>42</sup> Durante su intervención en el cónclave centrista, Suárez rechazó las acusaciones que definían a UCD como un partido sin ideología, alegando que el centrismo que representaba su partido «no es ni la tierra de nadie, ni la derecha camuflada, ni la izquierda vergonzante; es una nueva concepción política derivada de la esterilidad de los planteamientos radicales». <sup>43</sup> Según consideraba Suárez, «el centro es síntesis y no desierto, aproximación y no equidistancia, dinámica y no indefinición». <sup>44</sup> Pese a todas las declaraciones, resultaba obvio el fracaso de UCD para establecer una doctrina coherente que sintetizara el proyecto de Suárez y superase las percepciones de vaguedad y eclecticismo de una formación contemplada con ciertas pretensiones de *catch-all party*. <sup>45</sup>

La falta de acuerdos ideológicos no tardó en dejar su huella en UCD. Por el momento, se había mantenido la armonía gracias a los consensos de una legislatura constituyente que diluyó las discrepancias y permitió éxitos a cada familia –los democristianos en el ámbito educativo, los liberales en lo referente a la iniciativa privada o los socialdemócratas en el terreno fiscal–. En las elecciones de 1979, Suárez volvió a presentar al centro como «el cambio sin riesgos», consiguiendo una nueva victoria con 168 diputados. <sup>46</sup> Pero aquel triunfo supondría el fin de la armonía. Muy pronto, las tensiones surgidas por lo que el centro debía de representar se harían insuperables.

#### Después de la reforma, ¿qué?: el centro en transición

Tras los nuevos comicios, UCD debía demostrar que contaba con un proyecto viable más allá de ese espacio de reforma y moderación que había supuesto durante el proceso

democratizador. Sin embargo, la misión se antojaba compleja ante la crisis de su principal activo, con un Suárez cuyo liderazgo comenzaba a cuestionarse al convertirse en fuente de ataques desde diferentes frentes. Las críticas surgieron desde grupos de presión desencantados con parte de las reformas –la banca, el empresariado, el ejército o la iglesia–, pero también desde las restantes formaciones políticas. El conservadurismo fraguista y el socialismo felipista, conscientes de la necesidad de reducir el centro para ampliar su electorado, comenzaron a combatir a UCD personalizando en Suárez todos los ataques. <sup>47</sup> Su debilidad se convirtió, simultáneamente, en fuente de críticas en el seno del partido, en especial entre los barones de las diferentes familias, que habían sido desplazados de los cargos ministeriales como si el propio Suárez fuera consciente de que la síntesis ideológica deseada nunca se hubiera cumplido. <sup>48</sup> Desde ese momento, comenzó a propagarse entre la opinión pública la idea de que el centro, según lo había concebido y representado Suárez, ya no era un proyecto viable para la nueva etapa.

Las críticas internas contra Suárez plantearon la necesidad de modificar la estructura orgánica de UCD para abandonar el modelo presidencialista y adoptar una mayor colegialidad en la toma de decisiones. <sup>49</sup> En un intento por aplacar la contestación, en la primavera de 1980 Suárez creó una comisión permanente como órgano colegiado con representación de las diferentes identidades ideológicas que se habían tratado de superar en el cónclave centrista. En su seno se abrió el debate sobre la necesidad de formar ejecutivos que respetaran la pluralidad interna, así como de esclarecer si UCD pretendía ser «un partido de facciones o un partido de síntesis», con lo que se hacía obvio que el centro seguía careciendo de una doctrina homogénea. <sup>50</sup> Desde enton-

ces, las críticas y dificultades de Suárez fueron en aumento, principalmente promovidas desde un ala derecha del partido que parecía sentirse relegado. En el otoño de ese año, Miguel Herrero de Miñón fue elegido portavoz parlamentario de UCD en contra del deseo del propio Suárez. Herrero de Miñón se trataba de una figura abiertamente crítica con el dirigente centrista, a quien había acusado de conducir al centro hacia «las ambigüedades de un programa vigoroso, apto sólo para ir tirando».<sup>51</sup> En su opinión, la excesiva condición carismática del partido estaría reduciendo el centrismo a un suarismo desprovisto de un corpus doctrinal capaz de trascender ese liderazgo personalista.<sup>52</sup> Por esas fechas vio también la luz un manifiesto crítico que apelaba a «la necesidad de reequilibrar el partido, conduciéndole a su verdadero centro».<sup>53</sup> Como aseguraba uno de sus firmantes, el democristiano Fernando Álvarez de Miranda, «sería un error que UCD se convirtiera exclusivamente en el partido suarista», pues «UCD es un partido plural».<sup>54</sup> Como pronto concluyó Landelino Lavilla, erigido en portavoz del sector crítico, Suárez y el partido debían de replantearse su proyecto de centro, renunciando «a participar en la puja por un extraño progresismo que es espurio para UCD».<sup>55</sup> De este modo, las voces críticas en el seno del centrismo apuntaban en dos direcciones. En primer lugar, la excesiva identificación del centro con Suárez, una herencia de la personificación asumida en sus orígenes ante las dificultades doctrinales que, si bien sirvió de refugio en los momentos de mayor proyección de su líder, ahora se temía que arrastrase al partido a un revés electoral. En segundo lugar, la propia concepción del centro, una categorización que, para algunos, parecía haber respondido a los ejes dialécticos de una coyuntura ya superada, como si dicha denominación hubiera sido un mero

equivalente funcional y nominativo para esa derecha civilizada, moderna y moderada que, en los inicios de la Transición, no había sido posible configurar. Estos conflictos de poder, tras los que residía el enfrentamiento por una identidad centrista nunca clarificada, llevaron a la fractura de UCD y su división en dos facciones: el sector crítico y el sector oficialista, más conocido como sector suarista.

El suarismo dejaba de ser sinónimo de centro para tan solo representar una corriente del mismo o un modelo concreto de lo que este podía suponer en la política española. El suarismo aparecía asimilado con el aparato del partido respaldando el discurso oficial y el liderazgo del presidente, pero de forma progresiva comenzó a dotarse de una mayor identidad configurada gracias a su batalla contra los críticos. El suarismo se erigió entonces como defensor del centrismo original consensuado en el congreso de 1978 frente al giro conservador que, en su opinión, promovían las voces contestatarias. Según el propio Suárez, en todo proyecto de centro coexisten dos almas, ya que «puede existir un centrismo conservador que solo desee llevar a cabo las reformas imprescindibles para mantener la paz social a corto plazo», pero también «existe un centrismo progresista que cree que toda reforma debe ir seguida por otras que son las que van a asegurar la primera. [...] El centrismo progresista no puede entenderse sin la lucha contra las desigualdades sociales injustas, contra los monopolios de poder, saber y riqueza».<sup>56</sup> Los suaristas consideraban que era esta segunda alma la que había estado en el origen del partido, convirtiéndose en defensores de dicha concepción del centro ante una UCD que, de lo contrario, sentían que se desplazaría hacia un conservadurismo reformista.<sup>57</sup> Este suarismo convertido en corriente pronto tuvo el respaldo de algunos miem-

bros del partido caracterizados por su lealtad a Suárez y su confianza en que sólo este podía mantener con vida al centro. La mayoría de estos suaristas no procedían de ninguna de las familias ideológicas originales, sino que se trataban de perfiles independientes. Todas estas tensiones sobre el rumbo del centro pretendían dilucidarse en el II Congreso de UCD, convocado a comienzos de 1981. La celebración del cónclave centrista se vio sacudida por la dimisión de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno y líder del partido el 29 de enero de 1981. Ante su dimisión, se desplegaron todas las especulaciones sobre la muerte del suarismo y el futuro del centro, llegándose a conclusiones diversas. Cuando el II Congreso del partido tuvo lugar, la dirección de la formación recayó en dos figuras del círculo de Suárez, con Agustín Rodríguez Sahagún como nuevo presidente y Rafael Calvo Ortega como secretario general, por lo que la prensa no dudó en proclamar el «triunfo del suarismo químicamente puro». <sup>58</sup> Sin embargo, en la presidencia del ejecutivo fue sucedido por Leopoldo Calvo-Sotelo, sucesión hecha efectiva después del fallido golpe militar del 23-F. Con su llegada a la presidencia, parecía que este imprimiría a su gobierno un carácter más liberal-conservador, por lo que en este caso otros apuntaron que se podía anunciar «la defunción del suarismo» gubernamental. <sup>59</sup>

Aunque algunos habían previsto una retirada política del ya duque de Suárez, entre personas próximas comenzó a difundirse la idea de estructurar una auténtica corriente interna dirigida a revitalizar el partido. Era este un objetivo que, a partir de mayo de 1981, pareció orientarse ya hacia la posible creación de una nueva formación con una concepción del centro auténticamente sustentada en los ideales suaristas. <sup>60</sup> Por esas fechas, Suárez empezó a alertar del riesgo de una derechización

de UCD a la sombra de las nuevas políticas de Calvo-Sotelo, elemento que tensó las relaciones entre ambos. Según se lamentaba el expresidente, a su sustituto «le elogiaron muchísimo por la prensa, la oposición, todo el mundo, porque era una manera indirecta de atacarme a mí», ante lo que «hubo un intento, por parte de Leopoldo Calvo-Sotelo de desprenderse de mí, para que no le ocurriera a él, con sectores poderosos de la sociedad española, los problemas que yo tenía». <sup>61</sup> En su opinión, el gobierno de Calvo-Sotelo estaría plegando UCD hacia unos poderes fácticos que provocarían que el partido abandonara el auténtico centro, posición en la que pareció sentirse legitimado cuando el sector socialdemócrata abandonó la formación denunciando esa misma derechización. El sentir crítico en el que quedaba situado el suarismo se hizo evidente en noviembre de 1981 cuando, tras el mal resultado en las elecciones gallegas, Rodríguez Sahagún y Calvo Ortega dimitieron de sus cargos y dejaron el partido en manos de Calvo-Sotelo. Al poco tiempo, Suárez renunció a su puesto en el comité ejecutivo y surgieron rumores de su posible abandono de UCD, evidenciando sus discrepancias con el modelo de centro al que parecía orientarse el partido. <sup>62</sup> Ya sin ninguna duda, los más próximos a Suárez se dedicaron con discreción a dar forma a un centro alternativo al representado por UCD, aunque sus apoyos parecían escasos, reuniendo «poco más que los jugadores necesarios para organizar una melancólica partida de chamele en Ávila» <sup>63</sup>. Incluso personas que en el pasado habían sido próximas a Suárez parecían rechazar tales pretensiones. Su antiguo vicepresidente y amigo, Fernando Abril Martorell, llegó a declarar que «el suarismo no existe. Vamos a quitar de una vez ese invento de la circulación». <sup>64</sup> Si en el pasado el centrismo había encontrado en el liderazgo

suarista su razón de existencia, ahora algunos parecían ver en su persona un riesgo para la supervivencia del proyecto de centro representado por UCD.

El estallido del centro se hizo definitivo en el verano de 1982. Para entonces, crecientes miembros de UCD parecían renunciar a la etiqueta centrista en busca de la pureza ideológica, surgiendo formaciones como el socialdemócrata Partido de Acción Democrática (PAD), el democristiano Partido Demócrata Popular (PDP) o el liberal Partido Demócrata Liberal (PDL). Sin embargo, la propia etiqueta centrista estaba en disputa. A comienzos de julio se celebró una reunión entre Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo y Landelino Lavilla para debatir la posible configuración de un triunvirato que revitalizara el centrismo. Sin embargo, las exigencias programáticas y organizativas de Suárez llevaron a que sus demandas fueran desatendidas, ante lo que optó por abandonar un partido cuyo liderazgo fue asumido por Lavilla.<sup>65</sup> Ante este contexto, como presagiaban los medios, finalmente se iba a caminar hacia un centro «más reducido, pero más auténtico», superando el eclecticismo coyuntural del cambio político.<sup>66</sup> Sin embargo, quedaba por ver si ese nuevo centro sería capitalizado por UCD o la nueva formación que Suárez se disponía a crear. Esta nació de forma oficial en el mes de julio con el nombre de Centro Democrático y Social (CDS) o, como algunos ironizaban, el «Centro De Suárez», una formación vertebrada en torno a la imagen del expresidente y sus seguidores más próximos.

En su manifiesto ideológico, el CDS apelaba a una renovación del centrismo en consonancia con un modelo de centro progresista.<sup>67</sup> El texto fue principalmente redactado por Agustín Rodríguez Sahagún, considerado por entonces el nuevo teórico de «esa singular

ideología que quiere ser el suarismo».<sup>68</sup> En su intento por dotarse de un auténtico corpus doctrinal, el CDS decía venir a representar un centro progresista, democrático y social, por lo que algunos no tardaron en calificarlo como un socialcentrismo. La nota más singular del nuevo centro suarista residió en la apelación al personalismo comunitario como imprecisa referencia a una tercera vía entre capitalismo y marxismo que, para algunos, suponía una transferencia teórica de los recientes viajes de Suárez por América Latina.<sup>69</sup> Con una declarada vocación presidencialista y unitaria como respuesta a conflictos del pasado, el partido pronto se caracterizó por un profundo discurso *antiestablishment*, defendiendo la primacía de la sociedad civil frente a los poderes fácticos que podían representar desde la banca al ejército.<sup>70</sup> Como apuntó algún medio, «la peripecia personal del propio Suárez durante su última etapa de gobierno parece haber marcado una profunda huella en su manera de entender la acción política».<sup>71</sup> En el terreno económico, el CDS apostó por un modelo socialdemócrata, con una economía de libre mercado con dispositivos correctores dirigidos a alcanzar una redistribución de la riqueza que garantizara la justicia social. Surgía así un proyecto de centro que, para La Vanguardia, al fin contaba con «unos perfiles lo bastante nítidos» que permitían situar a Suárez al frente de «una oferta política netamente socialdemocrática».<sup>72</sup> Desde El País se apuntaba también cómo el suarismo había encontrado su lugar al «asumir una interpretación del centro sociológico español que se correspondería a un ala izquierda de UCD, o a un ala derecha de un PSOE».<sup>73</sup> Pese a esa conciencia de una clarificación ideológica del suarismo, sobre este también pesó la idea de reducirse a un centro personalista y electoralista basado en el carisma de su líder. Desde

algunos medios fue habitual situar al suarismo «en los límites del más genuino populismo», identificando el CDS como un partido de «amigos e incondicionales» en el que «es el carácter populista que imprime a sus actos el que llena los locales» de «gente humilde, que sigue a Suárez con una mezcla de curiosidad, simpatía y fidelidad a su carisma».<sup>74</sup>

Cuando las elecciones generales fueron adelantadas a octubre de 1982, el gran debate sobre la identidad del centro suarista pivotó en torno a las diferencias reales con ese otro centrismo que representaba la UCD de la cual procedía. En un intento por mantener un perfil propio, Suárez matizaría que, «aunque otras formaciones proclamen objetivos muy parecidos, UCD no garantiza ni el reformismo, ni el progresismo, que son la divisa del CDS».<sup>75</sup> Para Suárez, el centro que él representaba se encontraba alejado de cualquier pretensión derechizadora, caracterizándose por un reformismo contrario a veleidades lampedusianas —como deslizaba podía ocurrirle a la actual UCD—, así como por una vocación progresista basada en la convicción de que «cada reforma, una vez terminada, siga teniendo capacidad transformadora de la realidad social, para que se convierta, a su vez, en instrumento o en motor de nuevas reformas».<sup>76</sup> Estas diferencias, aseguraba, eran especialmente relevantes en el terreno socioeconómico, donde a diferencia de su antiguo partido, el CDS «no hace concesiones al liberalismo».<sup>77</sup> Como trataba de esclarecer el suarista Rafael Calvo Ortega, «el CDS no es una UCD bis».<sup>78</sup> Aunque admitía que «no existen grandes diferencias programáticas entre nuestro programa actual y el de UCD de 1977 y 1979 —aunque tal vez nuestra oferta es más clara en la política social—, donde está la diferencia es en la naturaleza del partido que sirve a ese proyecto de centro. Un partido unido, fuerte

y disciplinado».<sup>79</sup> De este modo, el CDS basó su imagen electoral en dos elementos: proclamarse heredero de aquel centro abandonado por UCD que había ganado las elecciones en los inicios del cambio, y dotarse de coherencia y unidad en torno a tales objetivos.

Celebradas las elecciones, en la batalla por el centro UCD logró superar al CDS, aunque ambas formaciones obtuvieron un mal resultado ante un centro que dejaba de ser alternativa debido a la moderación de las fuerzas situadas a derecha e izquierda, que se extendieron por el amplio espacio que el centrismo había ocupado con anterioridad. UCD obtuvo 12 diputados mientras el CDS solo dos, demostrando el escaso voto cautivo en el ámbito centrista. Según análisis posteriores, la mayoría del antiguo electorado centrista se había desplazado hacia la derecha, manteniéndose leales al centro un número muy reducido de votantes.<sup>80</sup> Incluso los mejores resultados obtenidos se debían a ciertos modelos de lealtad clientelar típicos de aquellas provincias rurales donde el franquismo sociológico había concedido grandes resultados al centro en el pasado. Ante dicha realidad, UCD no logró recomponerse de su hundimiento electoral y, a comienzos de 1983, decidió disolverse. Con su desaparición, algunos afirmaron que el centrismo se había tratado de una mera experiencia coyuntural fruto de las inciertas circunstancias de la Transición. Sin embargo, Suárez continuaría luchando desde el CDS por mantener con vida una alternativa política de centro.

Un traje para el emperador: el suarismo en busca de su lugar

Durante los siguientes años, el centro suarista trató de encontrar su lugar en un nuevo contexto caracterizado por un bipartidismo imperfecto, con un PSOE hegemónico situado

en una cómoda mayoría absoluta y una coalición AP-PDP que había logrado convertir al conservadurismo fraguista en la principal fuerza de la oposición. Ante la reducción del espacio electoral del centro, el suarismo trató de dotarse de un proyecto que trascendiera cualquier suspicacia que arguyera que el CDS suponía un mero intento por satisfacer la ambición personal de su líder.<sup>81</sup> Aunque Suárez continuara siendo el principal motor y activo de ese centro que trataba de sobrevivir, en todo momento estaba presente la necesidad de trascender esa identificación y plantear un modelo de mayor recorrido. Según aseguraría Suárez,

soy consciente de que ahora, el proyecto de CDS está pivotando un poco sobre mí, pero estoy intentando hacer un partido político que pueda vivir sin mi liderazgo [...]. Porque yo estoy acostumbrado a ver la facilidad con que se puede hacer un partido político desde el Gobierno, quiero hacer un partido político desde la calle. Un partido político en contra de los poderes fácticos [...]. La gente que se incorpora al partido, se incorpora no por una posición de poder, sino porque cree sinceramente en el proyecto político, en la necesidad del partido político de centro-izquierda moderado y reformista.<sup>82</sup>

En la defensa del proyecto suarista fue fundamental la reivindicación del propio centro como un espacio de diálogo indispensable en la política española. Como aseguraría Agustín Rodríguez Sahagún, había fuerzas que podían haberse «centrado» por razones de rentabilidad electoral sin creer realmente en el valor y principios de dicho espacio, por lo que apelaba a diferenciar entre estar en el centro y ser de centro.<sup>83</sup> Desde esa premisa, reivindicaba la continuidad de una fuerza centrista que pudiera desempeñar «un papel de equilibrio y

moderación en favor de la consolidación democrática y de la gobernabilidad, y, por otro, ser un elemento de dinamización de la vida política española en el cambio hacia adelante que precisa nuestra sociedad».<sup>84</sup> Esa misión es la que reivindicaban para sí los suaristas desde un CDS al que buscaban dotar de mayor credibilidad frente a las suspicacias que pudieran despertar los conflictos internos que en el pasado había vivido UCD. Destacados dirigentes del CDS apuntaban a las diferencias señalando que

UCD era una síntesis por yuxtaposición, o acumulación de ideologías, entonces en CDS hemos intentado hacer una síntesis superadora [...]. Hay en esto un cuerpo doctrinal, digamos, o una línea de pensamiento que creemos coherente, y por lo tanto no es una acumulación de pensamientos sino un pensamiento estructurado.<sup>85</sup>

La principal forma de moldear el discurso político suarista fue a través de su actuación parlamentaria y su posicionamiento en los grandes debates del momento. Con un marcado perfil institucional, el CDS mostró su apoyo a los grandes proyectos de modernización y reforma del gobierno socialista, existiendo en cambio dos grandes focos de discrepancias. En primer lugar, en el ámbito sociocultural, con un discurso crítico con la despenalización del aborto y la nueva ley educativa que traslucían una evidente influencia religiosa, aunque sus disconformidades no se reflejaron en la votación plenaria, optando por la ausencia o la abstención. En segundo lugar, en el ámbito económico, con la apuesta por un modelo socialdemócrata que chocó con las medidas de ajuste y reconversión del PSOE, acusadas por el suarismo de una excesiva dureza que pondría en riesgo al Estado del Bienestar.<sup>86</sup> El suarismo dotaba al centro, a través de su dialécti-

ca parlamentaria, de un perfil que condensaba los principios que el propio Suárez ya había dejado ver en el pasado a través del reparto de carteras entre las diferentes ideologías de UCD, reivindicando para sí la identidad de un auténtico centro reformista y progresista.

El centro trataba así de mantenerse en una posición que despertó diversas suspicacias. Para el PSOE, los tonos progresistas del CDS resultaban incómodos, dado el declarado interés suarista «para quitar al PSOE los votos de centro que tiene prestados, porque los ha de devolver con intereses».<sup>87</sup> El centrismo se situaba en lo que algunos consideraban un «progresismo incómodo» para el ejecutivo y otros descalificaban como un «progresismo Cortefiel».<sup>88</sup> También la derecha mostró sus reparos hacia la continuidad de un centro que frustraba los sueños fraguistas de condensar esa mayoría natural contraria al socialismo que, según sus cálculos, existía en el país. Según advertía su antiguo vicepresidente Alfonso Osorio –por entonces en las filas de AP–, Suárez «debe decidirse a ser la izquierda de la derecha o la derecha de la izquierda, él tiene fuerza, pero su partido no».<sup>89</sup> Similar reticencia despertó en el entorno de Miquel Roca cuando este emprendió la Operación Reformista con el propósito de vertebrar un auténtico centro liberal, haciendo llamadas a la unidad centrista desatendidas por un suarismo que veía en aquella convergencia excesivos ecos de la experiencia de UCD.<sup>90</sup> Además, el tono puramente liberal-demócrata de Roca era rechazado desde el suarismo, pues «nuestro pensamiento apunta a la persona pero no al concepto del individuo, sino que consideramos la persona necesariamente vinculada en la sociedad».<sup>91</sup> Durante meses se produjo una auténtica confrontación entre ambas alternativas de centro, con una Operación Reformista que consiguió mayores apoyos, tanto desde

los poderes fácticos como desde la prensa. Según Federico Jiménez Losantos, mientras Roca encarnaba «un liberalismo moderado, occidental y europeísta» con un modelo de centro adaptado a su tiempo, el suarismo sería un «tercermundismo» con una idea de centro alejada de la España actual.<sup>92</sup> Según afirmó desde *Cambio 16*,

El [electorado] suarista es totalmente distinto del de Roca. [...] Es gente de origen humilde y que no ha prosperado demasiado en la vida. Al margen de los profesores universitarios y profesionales liberales que ha conservado el duque de tiempos de UCD, [...] [se trata de] buena gente, de la que te echa una mano, que en muchos casos conserva en el rostro las huellas de un pasado rural. Son seguramente católicos, de origen ideológico inequívocamente derechista, pero que, como en el caso de Suárez, se han echado al monte de «lo social». Serían neofalangistas si no tuvieran a gala representar o ser representados por el hombre que hizo posible que la libertad volviera y floreciera en España.<sup>93</sup>

El centro suarista era identificado con un electorado tradicional y rural anclado en las coordenadas de ese franquismo sociológico que dio la victoria a UCD, mientras que el centro de Roca se asimilaba con los nuevos sectores urbanos e ilustrados de esa España moderna hacia la cual se quería avanzar.

La prueba de fuego para el suarismo llegó con las elecciones generales de 1986. El CDS se presentó con un programa de «centro progresista» que, si bien tenía un talante liberal en materia de libertades civiles, en el terreno económico mantenía un discurso socialdemócrata, apostando por un modelo de economía mixta que combinara el papel redistribuidor del Estado con la libertad de iniciativa privada.<sup>94</sup> De manera clara, los suaristas mostraban

su distancia con el programa nítidamente liberal de Roca, rechazando las privatizaciones y reducciones del sector público defendidas por sus directos rivales. Con un programa definido como de «moderado radicalismo», el suarismo trataba de establecer una síntesis entre liberalismo y socialdemocracia que se dotaba de especial significado en su esfera social, donde algunos percibían ciertos ecos de la revolución pendiente del viejo discurso falangista.<sup>95</sup> Junto a estos principios, el discurso suarista siguió caracterizado por su defensa de la sociedad civil como motor de la vida pública, con duras críticas a los poderes fácticos que tratarían de controlar la política. Sus reproches se dirigieron tanto a una banca que estaría poniendo al CDS las mismas dificultades de financiación que a los ciudadanos, como a un ejército que debía profesionalizarse, defendiendo la reducción del servicio militar.<sup>96</sup> Para cumplir con dichos objetivos Suárez pedía el voto de las «anchas capas medias que incluyen desde el trabajador manual o agrícola al profesional liberal, al intelectual y al pequeño y mediano empresario».<sup>97</sup> Contra todos los pronósticos, el CDS logró convertirse en la tercera fuerza nacional con 19 diputados. Aunque todavía situado a gran distancia de la renovada mayoría absoluta del PSOE y de un conservadurismo fraguista que se mantenía como alternativa de poder, Suárez parecía demostrar que un proyecto de centro podía superar los márgenes de la Transición. Desde ese momento, el suarismo trató de distanciarse de su perfil institucional para confrontar con el ejecutivo socialista y proyectarse como auténtica alternativa, criticando con dureza los ajustes económicos del gobierno y sus abusos de una mayoría absoluta que estaría limitando el poder del parlamento.<sup>98</sup> Durante los meses posteriores a las elecciones, el CDS vivió un crecimiento constante en las encuestas, des-

pertando en las filas centristas la esperanza de un regreso al poder. En esta coyuntura, se hizo más necesario que nunca un esclarecimiento del suarismo que le permitiera escapar de las críticas que continuaban catalogando al partido como ambiguo, oportunista, caudillista y populista.

El principal esfuerzo de renovación llegó con la celebración del II Congreso del CDS a finales de 1986, siendo clave la incorporación al partido de Raúl Morodo, quien se convertiría en el último y mayor ideólogo del suarismo. Por un lado, Morodo trató de imbricar el suarismo con una tradición ideológica en la historia de España, asumiendo apelaciones que abarcaban desde el regeneracionismo de finales del XIX hasta el reformismo liberal de Melquíades Álvarez y el radicalismo democrático de Manuel Azaña.<sup>99</sup> Al final, fue la referencia neoazañista la que realmente cobró fuerza. La identificación con el legado de Azaña era algo que ya había tratado de hacer otro ideólogo del centro suarista como Rodríguez Sahagún, estableciendo un paralelismo entre Suárez y Azaña al recordar cómo el dirigente republicano «fundó un partido, minoritario sin duda, pero que incubó el seguramente mejor proyecto político de entonces para desencadenar la reforma que las estructuras españolas necesitaban de cara a modernizar el país y apuntalar sus instituciones».<sup>100</sup> Esa imagen neoazañista pronto quedó asentada bajo la renovación imprimida por Morodo, con una conexión histórica en la que, según el suarista Carlos Revilla, tanto Suárez como Azaña habían luchado por «saldar la deuda que España tiene con la historia, la realización del Estado liberal que la revolución liberal-burguesa nunca llevó a cabo».<sup>101</sup> Por otro lado, junto a la identidad histórica, Morodo promovió unas conexiones internacionales que permitieran vincular al suarismo con proyectos

análogos del extranjero. En 1988, el CDS ingresó en la Internacional Liberal, a la que los suaristas instaron a incorporar la apelación progresista en su denominación.<sup>102</sup> Esto dotó al suarismo de proyección internacional —en especial cuando Suárez fue elegido presidente de la organización—, así como de apoyos económicos canalizados a través de la Fundación Ciencia, Democracia y Sociedad. Dicha identificación generó amplios debates. Para algunos periodistas, suponía «el principal movimiento estratégico» del suarismo, pues «no es descartable que Suárez acabe siendo un ejemplar liberal» y «de aquella especie de falangismo con rostro humano que constituyó un tiempo la ideología de Adolfo Suárez pueda derivar un partido de centro —ahora sí— con vocación de bisagra».<sup>103</sup> Para otros levantó mayores dudas, recordando que los liberales habían sido una familia menor de UCD y que el propio CDS había criticado las veleidades liberales de sus rivales de centro. Especialmente duro, Francisco Umbral aseguró que Suárez continuaba siendo un político «sin doctrina» puesto que el suarismo representaba un «vacío intelectual que, por carencia más que por maldad o viceversa, acabaría apelando a formas franquistas de poder y gobierno, ya que otro idioma no tiene. La vuelta de Suárez, para qué engañarnos, sería la vuelta de un Franco con el pelo a navaja (que ya tampoco se lleva). Un franquismo light».<sup>104</sup>

Los intentos de claridad no evitaron conflictos a la hora de encontrar su lugar en el nuevo contexto bipartidista. Dentro del propio partido, algunos militantes mostraban su división sobre lo que representaba el suarismo, y si para algunos suponía «un liberalismo radical, una socialdemocracia y una actitud progresista», otros admitían que «la ideología del CDS es algo difícil de explicar».<sup>105</sup> Esos problemas ideológicos tenían también su re-

flejo en sus bases electorales, con un suarismo en el que

conviven dos sectores bastante diferenciados. De un parte, en la España interior, agraria, un sector conservador, concomitante con el de Fraga y atraído por la aureola y simpatía personal del expresidente. De otra, sectores de las clases medias urbanas radicalizadas por su desengaño de la experiencia socialdemócrata y más o menos nostálgicas de liderazgos populistas.<sup>106</sup>

De este modo, el suarismo afrontaba el reto de combinar el «alma radical» con que atraía a jóvenes votantes urbanos desencantados con el gobierno socialista, con el «cuerpo moderado» heredado de los tiempos de la Transición.<sup>107</sup> Las dificultades del centrismo no tardaron en reflejarse en el ámbito electoral, cuando hubo de comenzar a tejer alianzas ante la desaparición de las mayorías absolutas socialistas. Sus pactos con el nuevo centro-derecha representado por el Partido Popular (PP) causaron división. Si parte del suarismo lo consideraba necesario ante los crecientes casos de corrupción que salpicaban al PSOE, otros lo rechazaban al percibirlo como un giro conservador. Cuando fueron convocadas las elecciones de 1989, pese al intento por mantenerse en sus coordinadas programáticas, el CDS perdió apoyos y solo obtuvo 14 diputados. Ante las dudas surgidas respecto al futuro del centro, Suárez publicó un editorial garantizando que su formación contaba con «definición táctica, estratégica y programática tan concreta como la de cualquier fuerza política»<sup>108</sup>. En un intento por superar la crisis en que parecía sumirse el centrismo, el CDS celebró en 1990 un III Congreso que supuso una renovación interna al definirse como un partido social-liberal que colocaba la libertad como eje vertebrador de su discurso.<sup>109</sup> No

obstante, como matizaba Morodo, se trataba de un liberalismo entendido en relación con unos principios de justicia social e igualdad que garantizaran el Estado de Bienestar, marcando distancias con el creciente neoliberalismo de la época.<sup>110</sup> Del mismo modo, el partido mostró su inclinación hacia una política de alianzas exclusivamente con fuerzas progresistas, admitiendo que, por el momento, la acción del centro «no es tanto ejecutiva, sino que, por ahora, fundamentalmente parlamentaria».<sup>111</sup> Con aquella estrategia, si antes había desperdiciado las críticas de quienes percibían un giro conservador, ahora desalentó a quienes consideraban que el CDS podía convertirse en un satélite del PSOE, revelando un centro dispuesto a «prostituirse al mejor postor».<sup>112</sup> La crisis del suarismo se hizo definitiva tras su mal resultado en las elecciones municipales y autonómicas de 1991, provocando la dimisión de Suárez como líder del CDS.

En septiembre de 1991, el CDS celebró su IV Congreso de carácter extraordinario. Con todo dispuesto por Suárez para que la sucesión recayera en ese teórico del suarismo final que había sido Raúl Morodo, los compromisarios optaron por dar la victoria a Rafael Calvo Ortega. Interrogado por la prensa sobre el futuro del suarismo, este aseguró: «si el suarismo ha sido una adscripción política solo en base a la persona de Suárez, evidentemente el suarismo habría terminado; si lo que se entiende es la adscripción al centro liberal y progresista, el suarismo solo es una frase con escaso sentido».<sup>113</sup> Después de tan largo recorrido, el centro político buscaba su supervivencia negando la relevancia del suarismo, fuera este la mera adscripción personal a un liderazgo o una simple etiqueta nominativa de una realidad programática que trascendería dicho nombre. Relegada dicha identificación desde el propio centro para sobrevivir a la

marcha de su moldeador, Suárez abandonó su escaño un mes después de la celebración del Congreso. El centrismo trató de sobrevivir a la figura que lo había mantenido con vida hasta entonces, pero aquello resultó imposible. En las elecciones generales de 1993, el CDS perdió su representación parlamentaria y el centro desapareció de la realidad política, evidenciando su incapacidad de sobrevivir a su identificación con Suárez.

### Conclusiones

El centrismo alcanzó sus mejores resultados durante la Transición y los años inmediatamente posteriores gracias a su identificación con Adolfo Suárez. Esta vinculación del centro con su figura permitió que fuesen habituales las referencias al suarismo, vocablo surgido de la habitual personificación de los proyectos políticos durante los primeros tiempos de la democracia, en especial para un centro más desprovisto de clarificaciones ideológicas. El suarismo fue un término que se utilizó como equivalente de los partidos –y corrientes– liderados por Suárez o, directamente, del espacio político de centro. Sin embargo, pese a la popularidad alcanzada por el concepto, su comprensión resulta más compleja cuando se trata de esclarecer lo que realmente significó, algo indispensable para entender el propio significado del centro en la política española.

En términos ideológicos, el suarismo revela claras dificultades dada su propia evolución. En un primer momento, el centro suarista fue asimilado con la senda reformista emprendida por el Gobierno, siendo con posterioridad cuando hubo de evolucionar desde un espacio gubernamental a un espacio político-electoral. En tiempos de UCD, el suarismo trató de perfilarse como una yuxtaposición de ideologías moderadas en busca de un sincretismo

nunca alcanzado, lo que despertó los debates sobre si el centro podía ser un producto circunstancial o un mero equivalente nominativo de la derecha moderada. Fue en tiempos del CDS cuando el suarismo buscó su clarificación ideológica en torno a un centrismo concebido como un moderado radicalismo o un liberalismo-progresista, con pretensiones socialdemócratas en el ámbito económico y reminiscencias del humanismo cristiano en el ámbito sociocultural.

En términos sociológicos, el suarismo vivió también una transformación a la sombra de su clarificación ideológica. Durante sus primeros tiempos, el suarismo fue la más perfecta representación de ese franquismo sociológico nutrido de las clases medias tardofranquistas que deseaban la democratización desde el orden y la estabilidad, con lo que supuso el reflejo electoral del reformismo. Sin embargo, superado el cambio y según fueron perfilándose las aristas ideológicas del suarismo, su proyecto de centro representó a un complejo espectro del electorado. En el suarismo final convivió un votante moderado, mayoritariamente rural y de tinte conservador leal al liderazgo carismático del expresidente; con un electorado progresista, joven y urbano desencantado con el gobierno socialista. Se trataban de dos almas que reflejaban la propia transición electoral del centro suarista.

En términos históricos, el suarismo representó la identificación personalista de un espacio de centro ensanchado por las circunstancias del cambio político que, gracias al liderazgo carismático del expresidente, logró mantenerse con vida hasta su abandono de la política. Supuso así una experiencia identificada con la propia trayectoria personal de Suárez, con escasa imbricación en las experiencias centristas del pasado —pese a los esfuerzos teóricos realizados por el suaris-

mo— y con escasa continuidad de futuro, con unas apelaciones posteriores a la experiencia suarista que han remitido más al simbolismo de su figura que al proyecto político que este defendió.

En definitiva, el suarismo y el centro que Suárez personificó cuenta con diversas dimensiones analíticas fruto de su evolución y pluralidad, evidenciando que las diferentes dimensiones del centro por él representado estuvieron ineludiblemente unidas a la trayectoria de un hombre que evolucionó al compás de la propia realidad de su tiempo y que logró dotar al centrismo de una presencia clave en la política reciente de España.

#### FUENTES

Archivo Gunther de la Transición Española (AGTE).

#### DOCUMENTOS

- CDS, España. Como debe ser. Programa electoral, 1982.  
 CDS, El valor del centro. Programa electoral, 1986.  
 UCD, Manual para 22 millones de electores. Programa electoral, 1977.  
 UCD, La solución a un reto. Documentos del I Congreso Nacional de UCD, Unión Editorial, Madrid, 1979.

#### PRENSA

ABC  
*Cambio 16*  
*Diario 16*  
*El España*  
*Hoja del Lunes*  
*Informaciones*  
*El Mundo*  
*El País*  
*Pueblo*  
*La Vanguardia*  
 Ya

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Carlos, *Adolfo Suárez*, Barcelona, Ediciones Folio, 2005.
- ALONSO-CASTRILLO, Silvia, *La apuesta del centro. Historia de la UCD*, Madrid, Alianza, 1996.
- BOBBIO, Norberto, *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus, 2014.
- BURNS, Tom, *Conversaciones sobre la derecha*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997.
- CACIAGLI, Mario, «España 1982: las elecciones del cambio», *Reis*, 28, 1984, pp. 85-118.
- CALVO-SOTELO, Leopoldo, *Memoria viva de la Transición*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990.
- CANDELA, Virgilio Francisco, «Luis Gamir y el centrismo político en UCD: el nacimiento de una ideología coyuntural y preconstitucional en España», en FERNÁNDEZ, Mónica, *Historia de la Transición en España: la dimensión internacional y otros estudios*, Madrid, Sílex, 2019, pp. 625-641.
- CHAMORRO, Eduardo, *Viaje al centro de UCD*, Barcelona, Planeta, 1981.
- DÍEZ, Darío, «Fuego amigo sobre Adolfo Suárez: la disputa del espacio político entre 1982 y 1991», *Revista de Historia Actual*, 12-13, 2015, pp. 89-99.
- , *Adolfo Suárez y el Centro Democrático y Social (1982-1991)*, tesis doctoral inédita, Universidad de Valladolid, 2017.
- DUVERGER, Maurice, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- FERNÁNDEZ, Mónica y QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, «La creación del Centro Democrático y Social en 1982», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, *Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 201-220.
- FIGUERO, Javier, *UCD: la empresa que creó Adolfo Suárez*, Barcelona, Grijalbo, 1981.
- FUENTES, Juan Francisco, *Adolfo Suárez. Biografía política*, Planeta, Barcelona, 2011.
- GIL PECHARROMÁN, Julio, *La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha en España*, Madrid, Taurus, 2019.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Historia de las derechas españolas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ, Ángeles, «El centroderecha en las transiciones a la democracia en la Europa del Sur: entre la acomodación y la (re)implantación de culturas políticas europeas (1974-1981)», *Historia y Política*, 48, 2022, pp. 25-54.
- HERRERO DE MIÑÓN, Miguel, *Memorias de estío*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- HOPKIN, Jonathan, «Entre el gobierno y la oposición: los empresarios políticos y la formación de la Unión de Centro Democrático», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, *Historia de la Transición en España: los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 269-283.
- HUNEEUS, Carlos, *La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, Madrid, CSIC, 1985.
- JÁUREGUI, Fernando y SORIANO, Manuel, *La otra historia de UCD*, Madrid, Emiliano Escolar, 1980.
- LAVILLA, Landelino, *Una historia para compartir. Al cambio por la reforma*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2017.
- MAGALDI, Adrián, «La Operación Roca. El fracaso de un proyecto liberal en la España de los 80», *Historia Contemporánea*, 59, 2019, pp. 307-342.
- MELIÀ, Josep, *Así cayó Adolfo Suárez*, Barcelona, Planeta, 1981.
- MELLADO, Pilar, «Congreso constituyente del Centro Democrático y Social», *Revista de Derecho Político*, 16, 1982-1983, pp. 229-234.
- MORAL, Javier, *El centro de la derecha*, Madrid, Eudema, 1991.
- MORÁN, Gregorio, *Adolfo Suárez. Ambición y destino*, Barcelona, Debate, 2009.
- ORTEGA, Juan Antonio, *Memorial de transiciones (1939-1978)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.
- OSORIO, Alfonso, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, Barcelona, Planeta, 1980.
- PALOMARES, Cristina, *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*, Madrid, Alianza, 2006.
- PELAZ, José-Vidal y DÍEZ, Darío, «El gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo o el eslabón perdido de la Transición», *Ayer*, 2018, 109, pp. 325-348.
- POWELL, Charles, «Entrevista con Adolfo Suárez», *Revista de Occidente*, 54, 1985, pp. 142-151.
- , «El reformismo centrista y la transición: retos y respuestas», *Historia y Política*, 18, 2007, pp. 49-82.
- QUEVEDO, Federico, *Pasión por la libertad. El pensamiento político de Adolfo Suárez*, Barcelona, Altera, 2007.

- QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, «El Centro Democrático y Social: auge y caída de un proyecto político (1982-1996)», en SOTO, Álvaro y MATEOS, Abdón, *Historia de la época socialista: España 1982-1996*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 405-430.
- , «El resurgir de Adolfo Suárez. Las elecciones de 1986 y el Centro Democrático y Social», *Historia del Presente*, 28, 2016, pp. 118-119.
- RÍO, Miguel Ángel, «La Unión del Pueblo Español (UDPE): los orígenes de la macro-asociación azul de Alianza Popular (AP)», en RUIZ, Miguel Ángel (coord.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 499-514.
- SÁNCHEZ-PRIETO, Juan María, «El uso político de las conmemoraciones: el mito de Azaña y el sacrificio de Suárez», *Historia y Política*, 38, 2017, pp. 315-345.
- NOTAS
- <sup>1</sup> Araluce y Ramírez, «Todos quieren ser Adolfo Suárez», *El Español*, 17-05-2016.
  - <sup>2</sup> Burns, 1997, p. 96.
  - <sup>3</sup> Río, 2013, pp. 499-514.
  - <sup>4</sup> Sobre la concepción del centro como espacio electoral, véase: Duverger, 2012. Sobre la concepción del centro como espacio ideológico socio liberal, véase: Bobbio, 2014.
  - <sup>5</sup> Para los autores referenciados, véase: Fuentes, 2011; Díez, 2017.
  - <sup>6</sup> Palomares, 2006.
  - <sup>7</sup> Powell, 2007, pp. 49-82.
  - <sup>8</sup> Alonso-Castrillo, 1996, p. 48.
  - <sup>9</sup> Powell, 1985, p. 146.
  - <sup>10</sup> Figuero, 1981, p. 107.
  - <sup>11</sup> Hopkin, 2007, p. 271.
  - <sup>12</sup> Archivo Gunther de la Transición Española (AGTE), carp. 44.
  - <sup>13</sup> Saiz, José Ramón, «La hora del centro», *Pueblo*, 29-04-1977.
  - <sup>14</sup> Cierva, Ricardo de la, «Centro», *ABC*, 09-06-1977.
  - <sup>15</sup> Ortega, 2015, pp. 498-500.
  - <sup>16</sup> Assía, Augusto, «Ya no basta con un centro electoral, hace falta un centro político», *Ya*, 13-05-1977.
  - <sup>17</sup> Assía, Augusto, «Konrad Adenauer, un modelo ideal para Suárez», *Ya*, 30-03-1977.
  - <sup>18</sup> Alonso-Castrillo, 1996, pp. 194-195.
  - <sup>19</sup> Moral, 1991, p. 58.
  - <sup>20</sup> UCD, 1977.
  - <sup>21</sup> Calvo-Sotelo, 1990, p. 93.
  - <sup>22</sup> Huneus, 1985, p. 197.
  - <sup>23</sup> Jáuregui y Soriano, 1980, pp. 78-79.
  - <sup>24</sup> Osorio, 1980, pp. 328-329.
  - <sup>25</sup> Cándido, «El bastón de Chateaubriand», *Hoja del Lunes*, 03-10-1977.
  - <sup>26</sup> Tusell, Javier, «Carta abierta a Adolfo Suárez», *Ya*, 08-11-1977.
  - <sup>27</sup> Campmany, Jaime, «Teoría del centro», *Informaciones*, 12-11-1977.
  - <sup>28</sup> Alfaro, José María, «El espacio de UCD I», *El País*, 12-09-1977.
  - <sup>29</sup> *Idem*.
  - <sup>30</sup> Alfaro, José María, «El espacio de UCD II», *El País*, 17-09-1977.
  - <sup>31</sup> *Idem*.
  - <sup>32</sup> Urbano, Pilar, «Suárez ya tiene suarismo», *ABC*, 04-12-1977.
  - <sup>33</sup> López Aranguren, José Luis, «La esencia del suarismo y su reflejo en la Constitución», *El País*, 18-02-1978.
  - <sup>34</sup> Lavilla, 2017, pp. 84-85.
  - <sup>35</sup> Esta actuación de Suárez con la democracia internacional ha sido calificada como oportunista y estratégica, sin ningún interés real por el triunfo de tales planteamientos ideológicos. Véase: Urigüen, 2017, pp. 80-81.
  - <sup>36</sup> Candela, 2019, pp. 625-641.
  - <sup>37</sup> Gamir, Luis, «La ideología de UCD», *El País*, 16-08-1978.
  - <sup>38</sup> *Idem*.
  - <sup>39</sup> *Idem*.
  - <sup>40</sup> Gamir, Luis, «La ideología de UCD», *El País*, 08-11-1978. Se trató de un segundo editorial publicado por Gamir, reiterando el título de su primer editorial.
  - <sup>41</sup> UCD, 1979.
  - <sup>42</sup> González Cuevas, 2000, p. 435.
  - <sup>43</sup> *El País*, 22-10-1978.
  - <sup>44</sup> Quevedo, 2007, p. 153.
  - <sup>45</sup> González-Fernández, 2022, p. 41.
  - <sup>46</sup> *Diario I 6*, 20-02-1979.
  - <sup>47</sup> Chamorro, 1981, p. 13.
  - <sup>48</sup> Hopkin, 2007, p. 277.
  - <sup>49</sup> Huneus, 1985, p. 325.
  - <sup>50</sup> Meliá, 1981.

- <sup>51</sup> Herrero de Miñón, Miguel, «Sí, pero...», *El País*, 19-09-1980.
- <sup>52</sup> Herrero de Miñón, 1993, pp. 205-206.
- <sup>53</sup> Abella, 2005, p. 465.
- <sup>54</sup> *El País*, 16-12-1980.
- <sup>55</sup> Chamorro, 1981, p. 18.
- <sup>56</sup> Powell, 1985, p. 146.
- <sup>57</sup> *Ibidem*, p. 148.
- <sup>58</sup> *Diario 16*, 09-02-1981.
- <sup>59</sup> *Diario 16*, 19-02-1981.
- <sup>60</sup> Fuentes, 2011, p. 441.
- <sup>61</sup> AGTE, carp. 44.
- <sup>62</sup> Pelaz y Díez, 2018, p. 342.
- <sup>63</sup> Ventura, Vicent, «Se disuelve el 'alkaseltzer' (sic) ucedista», *El País*, 30-06-1982.
- <sup>64</sup> ABC, 19-09-1981.
- <sup>65</sup> Gil Pecharromán, 2019.
- <sup>66</sup> «Hacia una UCD diferente», *El País*, 05-07-1982.
- <sup>67</sup> Mellado, 1982-1983, pp. 229-234.
- <sup>68</sup> Díez, 2017, p. 52.
- <sup>69</sup> Abellán, José Luis, «El personalismo comunitario», *El País*, 18-09-1982.
- <sup>70</sup> Fernández y Quirosa-Cheyrouze, 2013, pp. 201-220.
- <sup>71</sup> «El proyecto político de Suárez», *La Vanguardia*, 01-08-1982.
- <sup>72</sup> *Idem*. Un reflejo de ese primer ideario del CDS puede encontrarse en: CDS, 1982.
- <sup>73</sup> Pradera, Javier, «Un partido para el duque», *El País*, 02-08-1982.
- <sup>74</sup> *El País*, 09-10-1982.
- <sup>75</sup> «Más progresistas y reformistas que UCD», *El País*, 04-10-1982.
- <sup>76</sup> Quevedo, 2007, pp. 278-279.
- <sup>77</sup> «Más progresistas y reformistas que UCD», *El País*, 04-10-1982.
- <sup>78</sup> ABC, 23-10-1982.
- <sup>79</sup> *Idem*.
- <sup>80</sup> Caciagli, 1984, pp. 85-118.
- <sup>81</sup> Morán, 2009.
- <sup>82</sup> AGTE, carp. 44.
- <sup>83</sup> Rodríguez Sahagún, Agustín, «El centro político español: ser o estar», *El País*, 27-11-1984.
- <sup>84</sup> *Idem*.
- <sup>85</sup> AGTE, carp. 24.
- <sup>86</sup> Quirosa-Cheyrouze, 2013, pp. 405-430.
- <sup>87</sup> *El País*, 04-06-1986.
- <sup>88</sup> Fuentes, 2011, p. 463; Umbral, Francisco, «Rubempré», *El País*, 12-12-1983.
- <sup>89</sup> *Diario 16*, 12-05-1985.
- <sup>90</sup> Magaldi, 2019, pp. 307-342.
- <sup>91</sup> AGTE, carp. 24.
- <sup>92</sup> Jiménez Losantos, Federico, «Fraga y el bebé coaga», ABC, 26-11-1985.
- <sup>93</sup> *Cambio 16*, 23-06-1986.
- <sup>94</sup> Díez, 2017, pp. 275-279.
- <sup>95</sup> *Ibidem*, p. 275.
- <sup>96</sup> Quirosa-Cheyrouze, 2016, pp. 118-119.
- <sup>97</sup> CDS, 1986, p. 7.
- <sup>98</sup> Díez, 2017, p. 373.
- <sup>99</sup> Sánchez-Prieto, 2017, pp. 315-345.
- <sup>100</sup> Rodríguez Sahagún, Agustín, «Azaña, hoy», *El País*, 01-05-1986.
- <sup>101</sup> Revilla, Carlos, «Azaña y suarismo», *El País*, 19-12-1990.
- <sup>102</sup> Díez, 2015, p. 96.
- <sup>103</sup> «El gorro liberal», *El País*, 16-09-1988.
- <sup>104</sup> Umbral, Francisco, «Suárez», *El País*, 06-03-1988.
- <sup>105</sup> Sánchez-Prieto, 2017, p. 336.
- <sup>106</sup> Estefanía, Joaquín, «Amagar y no dar», *El País*, 27-12-1988.
- <sup>107</sup> *Idem*.
- <sup>108</sup> Suárez, Adolfo, «Reafirmación de voluntad centrista», *El País*, 13-07-1990.
- <sup>109</sup> Díez, 2017, p. 541.
- <sup>110</sup> Morodo, Raúl, «Cambio en la continuidad», *El País*, 30-03-1990.
- <sup>111</sup> *Idem*.
- <sup>112</sup> Ramírez, Pedro J., «¿Partido-bisagra o partido-prostituta?», *El Mundo*, 11-02-1990.
- <sup>113</sup> *El País*, 01-10-1991.



Albert Rivera en un mitin de Ciudadanos (2015)  
Procedencia: Carlos Delgado, Wikimedia Commons